

ALONSO, DÁMASO.—*Menéndez Pelayo, crítico literario. (Las palinodias de don Marcelino)*. Editorial Gredos. Madrid, 1956. 118 páginas en 8.º = No hace mucho, José Simón Díaz publicó sus *Estudios sobre Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1954), bibliografía acerca del gran polígrafo que alcanza 564 títulos, todavía ampliables (vid. A. Carballo Picazo, *RFE*, XXXVIII, págs. 353-355). En estas largas enumeraciones de trabajos abundan lo episódico y lo intrascendente: muchas páginas escritas a vuela pluma y con poco conocimiento de la obra del maestro. El librito de D. A. pertenece, por derecho propio, a la «buena» bibliografía del menéndezpelayismo y, lo que vale más para el conocimiento de don Marcelino, nos hace querer la auténtica humanidad encerrada en la impresionante teoría de sus setenta compactos volúmenes. Porque si a todos abrumba la obra del gran historiador, muy pocos conocen todavía su paso entre los hombres: anécdotas mejores o peores, retratos literarios (¿cómo olvidar la figura oscura y entrañable que hay en aquellas últimas líneas del que le hizo *Azorín*?)... Muy poco de su verdad cordial: a vueltas de manejar sus obras, habíamos olvidado la mano que escribía. Este ha sido el gran servicio de D. A. Nos ha traído al hombre: gentes que practicamos las humanidades solemos no ser humanos. Era necesario este encuentro: un don Marcelino que evolucionó en su saber, que se retractó públicamente de errores, que desde su inmensa sabiduría nos dictó lecciones de humildad. Y todo ello porque, antes que nada, era hombre. La obra de D. A. estudia la superación del clasicismo intolerante, la rectificación de M. P. ante Heine, el descubrimiento de la poesía popular que antes había negado, el hallazgo de una nueva estética, su variación ante el teatro calderoniano... sus negativas, sin intransigencias, ante Góngora. En este canto de palinodias, el maestro—como intencionadamente—ha dejado ese portillo del gran cordobés para que la crítica posterior trabaje desde otros puntos de partida. El resto, toda nuestra historia literaria, ha salido armado—como Minerva de la cabeza de

Júpiter—de sus manos. D. A. ha pensado en los «dos monstruos de la naturaleza»: Lope y Menéndez Pelayo; en el encuentro feliz que tanto bien iba a hacer a nuestra historia: como si al estudiar al Fénix se hubieran trasvasado preciadísimos valores humanos al corazón del crítico. ¿Hay nada más puro, más honrado, que la sencillez de estas palabras?: «el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo y a perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente» (*Advertencias* en la 2.^a edic. de los *Heterodoxos*). Tal es la enseñanza de este librito—acabado, como los buenos libros, con su moraleja—: el valor, la hombría, del crítico genial que en todo momento supo ser fiel a la llamada de la tierra, que prefirió rectificarse humildemente a traicionar la fe que a sus discípulos—; tantos, tan lejanos en el tiempo!—debía.—*Manuel Alvar*. (Universidad de Granada.)